



CINCO HISTORIAS ENTRELAZADAS

SALVADOR MILLÁN

Las siguientes cinco historias corresponden a experiencias psicoterapéuticas. Ilustran la intensidad de enlace que en algunos casos pueden establecerse con los animales, frecuentemente desde la temprana edad. El resto del material clínico es por lo tanto excluido. Los relatos se enlazan, uno a uno, tanto por la relación que los actores tuvieron con sus animales y el significado que cobró en sus vidas, como por la comprensión que surgió durante las sesiones. La trascendencia fundamental de esas vivencias las entrelazo desde mi perspectiva analítica. Expreso mi agradecimiento a su confianza, reconozco lo personal, sin embargo, las experiencias pueden considerarse universales, y así salen a la luz.

Su compañero

Minerva es la primogénita de una familia, ella se vio empujada de la cercanía materna por la presencia de cinco hermanos, que fueron apareciendo uno tras otro en una cadena que sería de nueve. Atropellándose, empujándose entre sí por sus lugares, ocupar



espacios, recorriéndose constantemente, con la imposibilidad de establecer uno propio y vital.

Antes de darse cuenta de qué era lo que pasaba o hacer algo y ante lo imposible para ella, desarrolló sus habilidades con esfuerzos: atendiendo a los menores, cuidando a aquél, encargándose de éste, viendo por el otro. Viviendo además los reclamos, dado que era la mayor, debería de hacerse cargo, saber, hacerlo bien, resolver lo inmediato con esmero. Ella aprendió primero que debería ayudar.

A los siete años se vio instalada en la casa de la tía, no recuerda, a ciencia cierta, si fue por propia iniciativa o por adopción; la tía era soltera, sin hijos y vivía departamento de por medio del resto de la familia. Tampoco descarta si fue por un desplante materno de correrla. Ahí viviría en lo que luego funcionó como extensión habitacional de la casa matriz, por el número de hijos. Para su bien encontraría ahí su propio espacio, lo que le permitió reconocer sus sentimientos, aunque no sin antes pasar por el dolor de su memoria y su relato.

A esa temprana edad, apareció en su vida un pequeño pato con el que creció; éste le sigue, se acerca, se deja cargar, tocar. Donde va la niña va el pato tambaleante. Cuando llega de la escuela, el pato sale del cuarto o de donde esté y va al encuentro. Minerva, con la presencia y cercanía del pato “su compañero”, reconoce su gusto, su alegría, sus sentimientos vitales. Fue justo en esa situación circuns-



Cinco historias entrelazadas

tancial, la del cambio de esa casa y la presencia del pato, lo que permitió una situación distinta para desarrollar su sensibilidad, en contraste con las voces del orden y los deberes por los que había pasado. Aprendió, como dijo, a ser cumplida, a realizar tareas, cuidar hermanos, no faltar a clase, incluso estudiaba otros idiomas. Cierta día al regresar no escuchó los graznidos habituales del pato y lo buscó en la azotea, en los pasillos, en todo el departamento, en uno y en otro. La madre dijo simplemente: “está en el refrigerador”. Al abrir la puerta lo ve y se reprocha no haber aprendido a llegar a tiempo para evitarlo, también no haber aprendido a cuidar sus sentimientos. Circunstancia que le haría sufrir, de manera inexplicable en aquel momento, una repulsión a la comida y ataques serios de anorexia hasta cercana su juventud.

El King

Juberto era el tercero entre los hermanos varones. Su naturaleza inquieta lo hacía estar en todas partes, menos donde los padres le decían. Como su casa le resultaba chica, o le asfixiaba, se salía a la calle, donde demostraría su habilidad, su destreza tal como sus hermanos lo hacían dentro de la casa o en la escuela.

Su afición estaba afuera, en el parque, siempre yendo y viniendo, inquieto, empeñoso y a pesar del espacio reducido de su casa, por la presencia de nuevos hermanos, se dedicó a la crianza de perros, a pesar de las objeciones de su padre quien criticaba y



exigía un orden para su casa. La crianza fue un proyecto vital para él, que cuidaría con gran esmero para alcanzar su objetivo. Los perros, se dijo, tendrían que ser de raza, y eligió perros valientes, fuertes, dispuestos al ataque o la defensa, como arguyen que se llaman los que saben, disciplinados, combativos. No extrañándonos su elección porque iba de acuerdo con su carácter opositor, inquieto; no podía escoger a perros mansos, flojos. Les dedicaba tiempo completo.

Se entendía perfectamente con ellos a silbidos, ruidos con las manos, con papel periódico o con voces; los entrenaba bien y cuando lograba las crías obtenía además dinero, comentó. Salía con sus animales a su territorio, la calle, el parque. Por ahí pasaron los perros de Juberto, decían los conocidos.

Por su forma de ser, estableció con la familia una lucha a muerte, como en la selva. Así vivía o se llegaba a imponer o sufría muchísimo. Las “victorias”, cuando las alcanzaba, se debían a que sus perros habían logrado tener crías y las vendía bien. Además de mostrar su satisfacción, lograba el reconocimiento del padre. No en vano comentaba que sus perros eran hijos del *King*, el nombre que le había puesto a su perro y que lo coronaban a él como rey.

Diálogo tortugal

Concepción era una joven universitaria que no negaba ser hija de familia: impuntual, comodina, desinteresada, medio adormecida en la vida, lenta.



Cinco historias entrelazadas

Difícilmente expresaba su pensamiento o sus sentimientos, sus dificultades se acrecentaban en el *campus* universitario por su problema de relación, que podría entenderse malamente como timidez, de ahí que no sostenía amistad alguna ni llegaba al noviazgo. Incapaz de mostrar su interés para tal o cual circunstancia o para actos más generales y de cultura, más bien vivía encerrada, autoconfinada, como labrando un futuro para ser mujer de casa.

Desde su primera juventud desarrolló, no casualmente, una afición íntima y delicada hacia las tortugas miniatura, a las que gustaba de cuidar, alimentar, mimar, además de dialogar con estos animales. Lo que representaba para ella su vida, era tanto su juguete como su preocupación o su pretexto, una especie de manifestación de su propia identidad. Desde los 8 años había tenido tortugas. Ante cualquier situación de crisis familiar, entendiéndose discusión entre los padres, reclamos, tono de voz alta, ella cargaba con esmero su tortuga y le hablaba, así se abstraía de la crisis con un diálogo tortugal.

Fueron pocas las posibilidades de trabajo terapéutico, pero significativas; un día manifestó una situación de angustia inusitada, enojo, irritabilidad algo inaguantable, tenía una semana de no encontrar a su tortuga que se había extraviado, en ninguna parte la veía, ni debajo de los muebles, ni de las alfombras o rincones de los cuartos, había buscado inútilmente. También ese día Concepción había perdido su propia



concha y se permitía comunicar algo interno, personal, sus sentimientos íntimos. Algo ineludible.

El mimetismo

Mimí era una solterona alejada de la casa familiar que estaba a una cuadra de distancia de donde ella vivía, rodeada de gatos, entre persas y siameses, aunque de vez en vez no faltaban gatos pardos. Pulcra, tremendamente aniñada, con voz aguda y con posturas infantilizadas, comportamientos notablemente exagerados en esa dirección, con un atuendo de moños en la cabeza que remataban una indumentaria que más bien correspondía a una muñeca. Además con tendencia a enmascarar su rostro con pinturas blancas y cremas de colores que sobreponía y resultaban una ironía lejana del maquillaje que los actores japoneses y chinos usan. Ella cubría su piel, sus arrugas, pero, sobre todo, su expresión real.

“Nadie se ocupaba de mí”, era su comentario peréne, aunque sus propios padres pasaban a verla una vez al día. Mimí era de mirada evasiva, voz de chillido y con una presencia como queriendo decir que ella no rompía ni un plato.

Sin embargo, el relato del siguiente sueño reflejó su interior. Mimí conocía a un pretendiente que llegaba a su casa y estando frente a frente, su gata preferida, que traía entre los brazos, se lanza sobre el visitante, lo araña con furia y chillidos, acto seguido regresaba a Mimí, ahora sobre sus hombros, donde se



lamía sus patas delanteras ronroneando y manteniedo una típica actitud felina.

Sueño que sin duda expresa su fuerza y su sentimiento de agresión y hostilidad a cualquiera que intente acercársele. Los tintes blancos en la piel y su actitud infantil justificaban su vida. Durante el día mostraba cómo reprimía sus impulsos y su capacidad de relación hacia el hombre. En el sueño manifiestaba impulsos hostiles, agresivos, aunque considerados ajenos a ella, animales para ella. Así pretendía vivir como niña eternamente.

Los vidrios

José Luis era un joven con sentimientos encontrados, con una vida interior de sufrimientos, arrepentimiento y coraje; sufría en silencio, en autorreproche e incapaz de exteriorizar todo eso para que saliera de él.

Su incertidumbre, su reproche, su coraje, estaban acompañados por la sensación de vivir entre barreras, muros que le imposibilitaban ir más allá, sólo así mantenía su precario equilibrio.

En un sueño se ve salir de su casa hasta topar con una barda infranqueable, que al seguir, hipnotizado por un buen rato, lo conduce nuevamente a la terraza exterior de su casa.

En su vida, criar y cuidar peces fue muy importante, le ocupaba mucho tiempo. Primerø tuvo una pecera de gupys, esos peces pequeños de colores,



que junto con otros llamados espadas y otros más de agua dulce, servían de adorno en su casa. Poco después tuvo otra pecera con ejemplares de Summatra, una especie hermosa que se embellece aún más por el encierro de que es objeto, se les coloca en una mini pecera dentro de la grande, casi no se mueven. Ahí les surgen más colores y se les esponja la cola, sobre todo si se colocan varios frente a frente, en esas peceritas. Así se excitan uno ante el otro y tan pronto logran brincar de su encierro se atacan desesperadamente, mueren peleando. Fueron peceras de encierro, lucha y destrucción.

Después tuvo peces bezudos y pez Ángel, este último era un espécimen raro por su belleza y difícil reproducción, aunque José Luis sí la logró, lo que transformó su actividad y llegó a tener un acuario en equilibrio ecológico con reproducción.

Toda esta vida entre peces le permitía a José Luis desarrollar habilidades, destreza, cuidado, aunque siempre bajo un orden estricto, un control, límites entre vidrios, medidas exactas de alimentos y oxígeno. Experiencia que sin duda le ayudó a comprender su propio encierro.

Comentario final

La presencia de los animales en la vida de los hombres ciertamente nos recuerda un origen común.

Las emociones, por ejemplo, pueden ser compartidas y convertirse en una especie de lenguaje



Cinco historias entrelazadas

universal; un ir y venir de energía, mensajes y sensaciones.

La comunicación emocional ha estado representada en muchas historias, en mucha búsqueda. En la situación terapéutica ha sido comprendida de diversas maneras, una de ellas señalando a las “mascotas” como mera compañía. La comunicación más profunda de experiencias emocionales será designada en adelante como una especie de “identidad transitoria”.

Se concibe a las identidades transitorias en el marco del Self, el apartado intrapsíquico que está en contacto con lo exterior. Las llamó transitorias al referirse a procesos terapéuticos en los que el tener una clara consciencia de la semejanza de las propias conductas con las de la vida animal, o con lo que nos identifica con ellos permite una mayor posibilidad de trascender esa “vida animal”. Al tomar consciencia de esta identidad transitoria, una especie de “alter ego”, se facilita el propio desarrollo humano. El hombre puede alcanzar la diferencia. De otra manera estas “identidades transitorias” pueden consolidarse como permanentes.

Las conductas impulsivas dominadas por una carga emocional no identificable, atropellan. Los humanos tendemos a entramparnos nosotros mismos, y después de una acción de esta naturaleza no es raro que al percatarnos, nos veamos además envueltos en un sentimiento de arrepentimiento o culpa. Lo co-



Los animales, personajes en el mundo de los niños

mún es intentar evadirlo por medio de la confusión o el olvido. Una especie de trampa para el hombre que no alcanza a serlo. Así se expresan conductas impulsivas, sin contenido simbólico o ideativo.

El devenir humano indica un camino que arrancó con lo animal. Ahí está su presencia, en el pasado, su temor a la fuerza de los animales que terminaba en una especie de veneración, de idolatría. Es un camino que constatamos, una especie de cercanía-separación, una búsqueda por encontrar el significado de la existencia. Búsqueda que nos permite satisfacer nuestra curiosidad como especie.

Devenir que vemos ligado a los símbolos astrales, a los signos zodiacales, en el calendario chino, el Tonal en nuestra cultura indígena, etc. Todos en un afán de esclarecer nuestra ignorancia, lo que a la vez nos permite también mitigar nuestros miedos.

Aquellos antiguos hombres, como ahora los de las historias entrelazadas, estuvieron-están en la búsqueda, en ese camino de definición de especie, significativa, única. Narcisistamente podemos afirmar como especie: hemos sobrevivido. Nos ha ayudado la capacidad de información, el desarrollo de la inteligencia y el pensamiento racional; la capacidad de adaptación y un legado de códigos heredados; la esperanza junto con nuestro mundo emocional; pero sobre todo nuestra necesidad de agremiarnos, relacionarnos entre nosotros mismos y la capacidad de amar.